



Pandora



Henry James

Traducción del inglés e introducción a cargo de
Lale González-Cotta



IMPEDIMENTA



CAPÍTULO 1

Desde hace tiempo es habitual que los barcos a vapor de la North German Lloyd, que transportan pasajeros de Bremen a Nueva York, fondeen durante unas horas en el tranquilo puerto de Southampton, donde el cargamento humano recibe considerables adiciones. Hace algunos años, un joven y despierto alemán, el conde Otto Vogelstein, dudaba sobre si censurar o aprobar dicha costumbre. Apoyado sobre la barandilla de cubierta del Donau observaba con curiosidad, tedio y desdén, a través del humo de su cigarro, cómo los pasajeros americanos (la mayoría de los viajeros que embarcan en Southampton son de dicha nacionalidad) cruzaban el pantalán y eran engullidos por la enorme estructura del barco, dentro de la cual tenía el conde la reconfortante certeza de dispo-

ner de un nido propio. Contemplar desde su aventajada posición los esfuerzos de los menos afortunados (los desinformados, los desasistidos, los demorados, los desorientados) resulta siempre una ocupación no exenta de deleite, y nada había que pudiese mitigar la complacencia con la que nuestro joven amigo se entregaba a ella, es decir, nada salvo cierta benevolencia innata aún no erradicada por la consciencia de su relevancia funcional. Porque el conde Vogelstein era funcionario, como supongo habrán deducido por su espalda erguida, por el lustre de sus gafas de montura ligera y sofisticada y por ese algo, entre discreto y diplomático, en la ondulación de su bigote, el cual parecía contribuir en gran medida a la que, según los cínicos, constituye la función primordial de los labios: la activa ocultación del pensamiento.

Había sido designado para la secretaría del consulado alemán en Washington y por aquellos primeros días de otoño se disponía a tomar posesión del cargo. Era el tipo perfecto para el puesto: adusto, de singular altanería (a un tiempo ceremoniosa y cortés), sobrado de conocimientos y convencido de que el imperio alemán, tal como había sido reorganizado recientemente, situaba bajo la luz más propicia las mejores posibilidades de los mejores pueblos. Por otra parte, no ignoraba la prevalencia de lo económico y de otros aspectos relevantes a considerar una vez asentado en

los Estados Unidos, y sabía que aquel sector del globo ofrecería un vasto campo para el estudio.

Pese a no haber entablado hasta el momento conversación con sus compañeros de pasaje, para él ya había comenzado el proceso de indagación. Y es que Vogelstein no solo investigaba con la lengua sino también con los ojos (es decir, con las gafas), con los oídos, con la nariz, con el paladar, con todos sus sentidos y órganos. Se trataba de un joven de probada honestidad con un único defecto: su sentido de lo cómico, del humor de las cosas, nunca había llegado a disociarse por entero del resto de sus sentidos. Percibía vagamente que debía hacer algo al respecto, se lo proponía sin llegar jamás a concretar nada, pues sabía que estaba a punto de explorar una sociedad rica en aspectos cómicos. Tenía asumida tal carencia y la inseguridad le llevaba a recelar de lo que los demás pudieran decir de él. En consecuencia, y habida cuenta de que la circunspección es cualidad esencial en la carrera diplomática, he aquí que nuestro joven aspirante resultó ser de lo más prometedor.

Su mente albergaba millones de datos, demasiado comprimidos entre sí como para que la delicada brisa de la imaginación pudiese filtrarse en la amalgama. Estaba impaciente por presentarse ante su superior en Washington y, puesto que el estudio de las instituciones inglesas no formaba parte de su misión, la

pérdida de tiempo en un puerto inglés no podía sino incomodarle. Hacía además un día espléndido. Sobre las azules aguas de Southampton Water,¹ reverberantes bajo la luz, no se percibía más movimiento que el de su centelleo infinito.

El conde tenía sus dudas sobre si se sentiría a gusto en los Estados Unidos, su destino inminente. Admitía que aquella era un cuestión irrelevante, que felicidad era uno de esos términos acientíficos que un hombre de su formación debía avergonzarse de emplear incluso en la intimidad de sus cavilaciones. Pero es que, perdido entre la desentendida multitud, sin hallarse ni en su país de origen ni en aquel otro que en cierto modo iba a acreditarle, estaba abocado a su propia personalidad. Así pues, a fin de preservar su dignidad, se concentró durante una hora en cuanto se desplegaba ante su vista con intención de evaluar el retraso al que era sometido el vapor alemán en aguas inglesas. ¿No cabría demostrarse, mediante hechos, cifras, documentos o, al menos, mediante estricta observación, que dicho retraso era considerablemente mayor de lo que requerían las circunstancias?

Principiante aún en la carrera diplomática, el conde Vogelstein no consideraba que tener opiniones fuese algo necesario. Contaba con un buen número

1. Southampton Water es un estuario al norte del estrecho de Solent que separa Gran Bretaña de la isla de Wight. (*Todas las notas son de la traductora.*)

de ellas, desde luego, todas forjadas sin excesiva dificultad. Le habían sido transmitidas ya prefiguradas a través de un extenso linaje que conocía bien el papel que estaba llamado a desempeñar. Ni que decir tiene que ese era un modo claramente acientífico de amueblar la mente y, cándido como era, así lo habría reconocido él mismo bajo eventual presión. Nuestro joven era un rígido conservador, un Junker² acérrimo. Creía que la democracia moderna era una fase pasajera y esperaba encontrar numerosos argumentos en su contra en la gran República. Le complacía pensar que, gracias a su minuciosa instrucción, había aprendido a apreciar, por encima de todo, el valor de lo fehaciente. En tal sentido, verificó que el barco iba atestado de inmigrantes alemanes cuya misión en los Estados Unidos difería sustancialmente de la suya. Deambulaban por la cubierta en grupos compactos, o bien entretenían las horas asomados a la barandilla, apoyados en los codos y con los hombros elevados a la altura de las orejas. Los hombres, protegidos con gorras de piel, fumaban enormes pipas, y las mujeres arropaban a sus bebés en deslucidos chales. Había entre los viajeros alemanes rubicundos, también ne-

2. Junkers eran los miembros de la nobleza terrateniente de Prusia y del este de Alemania, hegemónica en Alemania a lo largo del siglo XIX y principios del siglo XX.

gros, y todos sin excepción parecían pegajosos y apelmazados a causa de la humedad del mar. Sin duda, eran ellos los destinados a dar un nuevo impulso a la densa corriente de la democracia occidental aunque, interiormente, el conde Vogelstein desconfiaba de que aquella gente pudiese contribuir en modo alguno a mejorar su calidad. Su número, sin embargo, era asombroso, pero ignoro lo que pensaría el diplomático de una constatación tan obvia.

En cambio, nada había de pegajoso en los pasajeros que embarcaron en Southampton. Se trataba, fundamentalmente, de familias americanas que regresaban de Europa donde habrían pasado las vacaciones estivales o incluso temporadas más largas. Traían consigo una cantidad ingente de equipaje, innumerables bolsas, esteras, cestas y sillas de playa. En su mayoría componían dichas familias mujeres de diversas edades, todas ligeramente pálidas a causa de la inquietud, y asimismo envueltas en chales de rayas, más vistosos que los que envolvían a las madres lactantes de tercera clase. Coronadas por altos sombreros y plumas, corrían de un lado a otro de la pasarela, buscándose las unas a las otras y buscando también sus dispersas pertenencias. Se separaban y se reencontraban, prorumpían en exclamaciones y comentarios, y observaban recelosas a los ocupantes del compartimento contiguo, tan numerosos que amenazaban con hun-

dir el barco. Sus voces sonaban lejanas y débiles según ascendían hasta los oídos de Vogelstein por encima de los recios y embreados flancos de su propio compartimento.

Al comprobar el conde que entre el nuevo contingente había una cantidad considerable de mujeres jóvenes recordó lo que le dijese en cierta ocasión una conocida en Dresde: que América era el país de las *Mädchen*.³ Se preguntó si tal circunstancia sería de su agrado y concluyó que, en cualquier caso, constituiría un aspecto adicional a estudiar, como tantos otros. En Dresde había conocido a una familia cuyas tres hijas solían salir a patinar con los oficiales y, súbitamente, le embargó el temor de que algunas de las jóvenes que estaban embarcando pudiesen compartir aquella afición, pese al hecho de que durante aquellos días de Dresde no se estilaban las plumas tan altas.

El barco empezó por fin a chirriar y a moverse con lentitud. La demora en Southampton había concluido. Se recogió la pasarela y el barco cedió a las pesadas maniobras que lo separaban de tierra firme. El conde Vogelstein había apurado su cigarrillo y se entretuvo un buen rato paseando arriba y abajo por la cubierta superior. Al pasar ante sus ojos la bonita costa inglesa tuvo la impresión de estar asistiendo al

3. En alemán en el original. *Mädchen* significa muchachas, mujeres jóvenes.

fin del Viejo Mundo. Indudablemente, la costa americana tendría su propio encanto (no sabía muy bien lo que cabía esperar de una costa americana), pero estaba seguro de que sería diferente. Y sin embargo, eran curiosamente las diferencias las que conformaban el atractivo de buena parte del viaje, sobre todo si dichas diferencias no eran susceptibles de expresarse en cifras, números, diagramas o mediante algunos de aquellos otros símbolos estrictamente útiles. Con todo, parecía haber escasas diferencias en el conjunto expuesto a la vista en aquel barco. La mayoría de sus compañeros de viaje parecían de una única y misma condición, y dicha condición la menos equívoca posible. Absolutamente todos eran judíos y comerciantes. Nada más embarcar habían encendido sus cigarrillos y se habían calado todo tipo de gorras náuticas, algunas provistas de grandes orejeras que de algún modo obraban el efecto de resaltar la estructura facial.

Los últimos viajeros empezaron por fin a emerger desde la cubierta inferior mirando en derredor de forma distraída, con ese aire de suspicacia fácilmente reconocible en quienes acaban de embarcarse y que, al otear la tierra en recesión, se asemeja al de alguien que comienza a percatarse de haber sido víctima de un engaño. En sus miradas, tierra y océano se convierten en objetos de un reproche de amplio alcance y, en la ofuscación general, muchos viajeros adoptan

una actitud entre ensimismada y arrogante, que parece querer dar a entender que podrían desembarcar sin problema con tan solo proponérselo.

Faltaban todavía dos horas para la cena y, una vez que las largas piernas de Vogelstein hubieron recorrido la cubierta el equivalente a tres o cuatro millas, se dispuso a acomodarse en su hamaca y a sacar del bolsillo una novela de la editorial Tauchnitz⁴ escrita por un autor americano y cuyas páginas, según le habían asegurado, le ayudarían a prepararse para entender ciertas excentricidades de la idiosincrasia americana. El nombre del conde estaba inscrito en letras de considerable tamaño sobre el respaldo de su hamaca, precaución esta tomada a instancias de un amigo que le había advertido que los pasajeros de los barcos americanos, las damas en especial, no sentían el menor reparo en hurtar las pequeñas comodidades ajenas a los incautos. Incluso le había sugerido que reprodujese de manera bien visible su corona heráldica. Siendo aquel amigo versado hombre de mundo había añadido que a los americanos les impresionan enormemente las coronas. Ignoro si Vogelstein actuaría movido por el escepticismo o por la modestia, pero lo cierto es que había optado por omitir cualquier tipo de exhibición pictórica de su estatus. Poseía otras cosas que servían

4. Prestigiosa editorial alemana fundada en Leipzig en 1798 por Karl Christoph Traugott Tauchnitz.

mejor a tal propósito, supreciado mobiliario, por ejemplo, que en los viajes transatlánticos no acusaba el más mínimo daño pese a los universales golpetazos a que era sometido y que llevaba grabado su nombre y su título. Se daba además la circunstancia de que el blasón era demasiado grande y el respaldo de su asiento ya estaba totalmente cubierto por grandes letras alemanas. Esta vez no hubo lugar a equívoco: fue un acceso de modestia lo que impulsó al secretario de embajada a volver esta parte de la hamaca hacia fuera antes de sentarse, colocándola contra la baranda de cubierta para así ocultarla a la vista del resto de pasajeros.

El buque navegaba en ese momento junto a Las Agujas, el enclave más bello y extremo de la isla de Wight. Los conos rocosos, altos y blancos, emergían del mar violáceo. Enrojecían ligeramente bajo la luz crepuscular y dicho rubor les confería una expresión humana en medio de la fría vastedad en la que la proa se iba adentrando. Parecían decir adiós, como un último vestigio de un mundo habitado. Vogels-tein los contempló desde su confortable rincón y al cabo de un rato volvió la vista hacia el lado opuesto, donde los elementos agua y aire no podían evitar parecer comparativamente anodinos. Incluso su novelista americano resultaba más interesante y se dispuso a retomarlo. Sin embargo, la amplia curva

que describió su mirada interceptó la imagen de una joven que acababa de subir a cubierta y que se había detenido al pie de la escalerilla.

No es que aquello fuese en sí mismo un fenómeno extraordinario, pero llamó la atención de Vogelstein el hecho de que la joven pareciese haber clavado la vista en su persona. Era esbelta, vestía con buen gusto, y parecía bastante atractiva. Súbitamente Vogelstein recordó haberla divisado entre la multitud del muelle de Southampton. Ella advirtió enseguida que él la había visto y comenzó a deambular por cubierta a un paso que parecía indicar que terminaría por acercársele. El conde aún tuvo tiempo de preguntarse si en realidad no se trataría de una de las jóvenes que había conocido en Dresde, pero al instante cayó en la cuenta de que aquellas señoritas tendrían ya más edad. Sea como fuere, dichas jóvenes y, según todos los indicios, también esta otra, pertenecían a esa clase de mujeres que no se anda con escrúpulos a la hora de abordar a sus víctimas. Sin embargo, este espécimen en particular ya había dejado de mirarle y, aunque había pasado junto a él, era tolerablemente posible que hubiese subido hasta allí con la única intención de echar un vistazo a cuanto la rodeaba. Tal vez se tratase de una joven inquieta, atractiva y juiciosa, que simplemente se proponía formarse una opinión general del barco, del tiempo, del aspecto que ofrecía

Inglaterra desde aquella perspectiva, y puede que incluso de sus compañeros de pasaje. Pronto se dio por satisfecha y se puso a caminar observando en derredor, como concentrada en la búsqueda de algún objeto extraviado, de tal forma que Vogelstein no albergó ya ninguna duda sobre sus verdaderas intenciones. Volvió a pasar por su lado y esta vez casi se detuvo mientras le observaba con suma atención. Vogelstein pensó que su conducta era interesante, si bien ya se había percatado de que no era su rostro, ennoblecido con aquel bigote áureo, lo que ella miraba con tanto interés, sino la silla en la que él estaba sentado. Justo entonces resonaron en su interior las palabras de su amigo, su advertencia sobre la tendencia de la gente en los barcos, de las damas sobre todo, a apropiarse de las pequeñas pertenencias de los demás. De las damas sobre todo, de eso iba a ser él mismo puntual testigo pues allí, delante de sus narices, había una damisela que a todas luces deseaba arrebatarse la silla. Temiendo que se la pidiese, fingió leer evitando pertinazmente mirarla. Era consciente de que ella merodeaba junto a él y sentía enorme curiosidad por comprobar qué haría a continuación. Le parecía raro que una joven atractiva (su aspecto era realmente encantador) se emplease con artes tan flagrantes contra la serena dignidad de un secretario de embajada. Finalmente resultó obvio que intentaba mirar

como de lado, es decir, intentaba ver lo que había escrito sobre el respaldo de su silla. «Quiere saber mi nombre, ¡quiere saber quién soy!» Tal reflexión cruzó como un rayo por su mente haciéndole alzar los ojos. Al posarse en los de ella la joven le sostuvo la mirada durante un momento considerable. Sus ojos eran brillantes y expresivos, rematados por una delicada nariz aquilina que, aun siendo bonita, quizá fuese un poco demasiado corva. ¡Qué coincidencia tan extraordinaria! La historia que Vogelstein estaba leyendo trataba precisamente de una chica americana, veleidosa y descarada, que se planta delante de un joven en el jardín de un hotel. ¿No era la actitud de esta otra joven prueba irrefutable de la veracidad del relato? ¿Y no se encontraba el propio Vogelstein en la misma situación del joven del jardín? Dicho joven (aunque impelido por distintos motivos, los inherentes a esta clase de vínculos en general) había terminado por dirigirse a su agresora, como bien cabría calificar a aquella mujer y, tras unos segundos de vacilación, Vogelstein decidió seguir su ejemplo. «Muy bien, si quiere saber quién soy, estaré encantado de informarle», se dijo. Se levantó de la silla, la agarró por el respaldo y, volteándola, mostró la inscripción a la joven. Ella se ruborizó ligeramente, pero sonrió y leyó el nombre, mientras Vogelstein se levantaba el sombrero en ademán de cortesía.

—Se lo agradezco muchísimo. Estupendo, gracias —comentó como si el descubrimiento la hubiese hecho inmensamente feliz.

En efecto, era estupendo ser el conde Otto Vogels-
tein, si bien este parecía un modo más bien frívolo
de plantear la cuestión. Por toda respuesta terminó
por preguntarle a la joven si deseaba que le cediese
su hamaca.

—Muchas gracias, por supuesto que no. Creía que
tenía usted una de nuestras sillas y no me parecía ade-
cuado preguntarle. Es idéntica a una de las nuestras,
no tanto ahora como cuando está usted sentado en
ella. Por favor, vuelva a sentarse. No deseo molestarle.
Hemos perdido una de nuestras sillas y la he estado
buscando por todas partes. Se parecen todas tanto...
Una no puede estar segura hasta que no mira el res-
paldo. Naturalmente ya veo que no hay posibilidad de
error con la suya —continuó la joven con una sonri-
sa cuya serenidad se correspondía plenamente con su
general abundancia—. El nuestro es un nombre tan
corto... que apenas se ve —añadió en el mismo tono
afable—. Nuestro apellido es simplemente Day... De
hecho, bien podría creer uno que no es un apellido,
¿verdad? Claro que intentamos compensarlo en lo
posible. Si la viese en alguna parte le agradecería que
me lo dijese. No es por mí, sino por mi madre. Está
tan acostumbrada a esa silla y, además, se despliega

tan bien... Ahora que está usted de nuevo sentado tapando la parte inferior parece exacta a la nuestra. Bueno, en algún sitio estará... Discúlpeme, no ha sido mi intención importunarle.

Fue un discurso extenso, confidencial casi, tratándose de una joven presumiblemente soltera hacia un perfecto extraño, pero la señorita Day lo contrarrestó con irreprochable sencillez y confianza en sí misma. Se alejó con la cabeza erguida y Vogelstein percibió que el pie que presionaba sobre la pulida cubierta era delicado y grácil. La vio desaparecer por la escotilla por la que había ascendido y, más que nunca, se sintió como el joven de su relato americano. En el presente caso la chica no era ni tan joven ni tan bonita, según pudo comprobar sin demasiado esfuerzo pues aún le rondaba en la cabeza la imagen de sus ojos risueños y de sus labios locuaces. Reanudó su lectura con la esperanza de que le proporcionase alguna información adicional sobre la joven, una ocurrencia absurda, desde luego, pero que ponía de manifiesto una notable curiosidad por parte del conde Vogelstein. La joven protagonista del libro tenía una madre, al igual que esta otra, al parecer; la primera también tenía un hermano, y justo entonces recordó el conde haber visto a un joven en el muelle, un joven con sombrero de copa y abrigo blanco, que parecía unido a la señorita Day por un vínculo natural. Había otra persona más,

según iba recordando Vogelstein, un hombre mayor, igualmente tocado con sombrero de copa pero con abrigo negro (vestía todo de negro, en realidad) que completaba el grupo y que presumiblemente sería el cabeza de familia.

Estas reflexiones demostraban que el conde Vogelstein leía su volumen de Tauchnitz de forma más bien accidentada. Y, lo que era peor, representaban un derroche para la economía del raciocinio, pues ¿acaso no iba él a estar flotando en aquella caja oblonga en compañía de aquellas personas durante diez días? ¿No era lógico pensar que, cuando menos, las vería con cierta frecuencia?

Puede anotarse sin mayor dilación que las vio con regularidad. He narrado con detalle las circunstancias en las que Vogelstein conoció a la señorita Day porque el incidente no deja de ser relevante tratándose de este rubio y metódico teutón, pero debo pasar rápidamente a narrar los acontecimientos que tuvieron lugar poco después.

Tras aquella presentación, Vogelstein se preguntaba qué posibilidades se abrían ante él en relación a la joven, y decidió avanzar en su novela americana para averiguar cómo se conducía el héroe. No obstante, no tardó en comprobar que la señorita Day no tenía nada en común con la protagonista de la ficción, a excepción de ciertas características de hábitat y clima,

y a excepción, habría que añadir, de que el sexo masculino no le resultaba en modo alguno terrible.

En cuanto al ostensible sello local impreso en la joven, el criterio de Vogelstein al respecto resultaría más vicario que espontáneo. Y es que, mientras especulaban sobre la localidad del interior del continente americano de la que la chica podría ser oriunda, una compañera de viaje, una dama de Nueva York con quien Vogelstein conversaba con frecuencia, había tildado a la señorita Day de «atrozmente» provinciana. Imposible saber cómo llegó dicha dama a semejante certeza porque el conde había comprobado que no se relacionaba en absoluto con la joven. Pese a ello, la dama sustentaba su teoría afirmando que ciertos americanos son capaces de discernir al instante quiénes son otros americanos, aunque dejó que fuese el propio conde quien juzgase si ella misma pertenecía a la mitad crítica o a la mitad criticada de la nación.

La señora Dangerfield⁵ era una mujer cautivadora, amena y locuaz, en cuya compañía sentía Vogelstein ensancharse el radio temático de sus conversaciones. Había logrado convencerle positivamente de que las diferencias humanas también eran posibles en una gran democracia y de que la vida americana esta-

5. El nombre de este personaje se presta a un juego de palabras que casa con su personalidad: «terreno peligroso».